

MAESTROS CANTEROS EN LA DEFINICIÓN DEL BARROCO AREQUIPEÑO

RAMÓN GUTIÉRREZ

(Centro de Documentación de Arquitectura
Latino Americana, CEDODAL, Buenos Aires)

La valoración de la arquitectura arequipeña de fines del siglo XVII y XVIII ha recibido aproximaciones nominativas muy diferenciadas que han buscado integrarlas a diversos momentos de la arquitectura occidental. En ello han primado los intentos, generalmente forzados, de encuadrar en los grandes lineamientos a las obras, sobre todo las religiosas con los momentos culminantes del renacimiento (predominantemente plateresco), efímeras manifestaciones manieristas y algunos han apuntado a un encuadre barroco. Todos estos intentos adolecen de unos desajustes cronológicos que nacen de la opción de tomar referencias temporales externas a la dura realidad de arquitecturas como las de Arequipa que atienden a sus propias circunstancias y donde los sismos continuos marcan su propia huella. De aquí deriva una secuencia, peculiarmente europea, de señalar un presunto carácter anacrónico a esta arquitectura. A ello se adicionaba la convicción de una tutoría inexorable, como si nuestros tiempos americanos no fueran más que una prolongación tardía de lo que se pergeñaba en las usinas del pensamiento europeo. Las circunstancias de una arquitectura fuertemente condicionada por el paisaje, las circunstancias de los terremotos, la disponibilidad de determinados materiales, el dominio de tecnologías y de búsquedas e iniciativas propias, generaría respuestas que merecen otra forma de reflexión. Es preciso que evitemos un tipo de análisis que continúa desagregando la arquitectura en unos sistemas de partes compuestas. La arquitectura debe atenderse como una expresión integradora y no meramente una sumatoria de partes. Las portadas, la ornamentación desplegada, los elementos decorativos y otras manifestaciones materiales miradas autónomamente no nos posibilitan nominaciones comprensivas de un encuadre estilístico. Hace tiempo que el análisis arquitectónico exige una lectura del contexto, del programa de la obra de arquitectura, de sus propuestas funcionales y espaciales, de las formas de apropiación y vivencias de los usuarios. Es aquí donde aquellas rigideces modélicas trasplantadas juegan un papel determinado en el conjunto de unas lecturas más complejas. Hemos dedicado demasiado tiempo a discutir los términos calificativos como el caso de la llamada “arquitectura mestiza” poniendo acentos alternativos en lo biológico, en lo artístico o en lo cultural, cuando el debate debía centrarse en la conceptualización de las

características del hecho que deseábamos nominar. Los canteros de Arequipa nos ayudarán en esta etapa a dilucidar nuevos caminos para comprender una manera más adecuada de valorar esta arquitectura. La arquitectura arequipeña será más comprensible desde esta perspectiva.